

Prólogo

Cuando los responsables del Partido Popular ofrecieron a Manuel Pizarro pasar de la trastienda a la primera línea política, el objetivo de la operación estaba claro: reforzar el área de economía del partido y, sobre todo, presentar ante la opinión pública a un hombre de aspecto tranquilo, de fuerte carácter, cuando es preciso, y sobradamente preparado en cuestiones económicas para enfrentarlo con éxito al hasta hace poco gurú de las finanzas socialistas, Pedro Solbes. Manuel Pizarro, al aceptar, iniciaba una carrera inversa a la de su amigo Rodrigo Rato; dejaba el mundo empresarial para saltar al ruedo político.

Cuentan sus más próximos colaboradores de antaño que presumía —lo sigue haciendo— de sus orígenes turolenses y aragoneses. Para un joven de provincias, aterrizar en Madrid cuando él lo hizo, aunque fuese como abogado del Estado, no fue tarea fácil. Entonces reconoce que para romper las distancias siempre empezaba la conversación diciendo que había nacido en Teruel; era su primera tarjeta de presentación.

Comenzó su actividad político-intelectual en el seno de un pequeño grupo de liberales convencidos que se reunían en la madrileña calle Zorrilla tras las sesiones del Congreso de los Diputados. Este selecto grupo estaba formado en gran parte por diputados del Grupo Popular, como el entonces desconocido José María Aznar, Rodrigo Rato, Loyola de Palacio y, de forma intermitente, Pedro Schwartz.

A principios de la década de los años ochenta pretendían ser una reacción al entonces pensamiento único socialista e intervencionista en el ámbito económico, y comenzaron a oponer a las ideas keynesianas reinantes en el mundo occidental las tesis liberales de Milton Friedman (1912-2006). A la postre, los componentes de este grupo fueron el germen del cambio liberal en materia económica que, tras la victoria del Partido Popular en 1996, colocó a España, en contra de todas las previsiones, en la zona euro en una situación de privilegio.

Lo cierto es que Manuel Pizarro siempre estuvo cerca del Partido Popular. De hecho, en 1996 recibió a primera oferta para incorporarse al gobierno, pero prefirió quedarse «en la retaguardia», como él dice. Esta posición le facilitó mantenerse en la empresa privada desde donde ha movido discretamente sus hilos económico-políticos en la sombra. Así, a Manuel Pizarro, durante los gobiernos de José María Aznar, se le pide continuamente opinión sobre cuestiones económicas y acerca de nombramientos de responsables de instituciones o empresas como el de Jaime Caruana al frente del Banco de España; Francisco González como presidente de Argentaria y luego del BBVA, y de César Alierta para Tabacalera, entre otros. Alierta, actual presidente de Telefónica, cuando Pizarro dejó Endesa le nombró consejero, cargo en el que apenas estuvo un mes.

Manuel Pizarro, gran amigo de José María Aznar, es, sin lugar a dudas, un gran controlador del poder económico en España dentro y fuera para el Partido Popular. Sin embargo, presume de una posición de neutralidad cuando ha sido necesaria. No se ruboriza al citar a sus amigos del PSOE, con alguno de cuyos gobiernos trabajó «con lealtad» al ocuparse de los aspectos jurídicos de la expropiación de Rumasa, y entre 1983 y 1987 ejerciendo de asesor jurídico de economía y subdirector de expropiaciones en la Dirección General de Patrimonio, cuando el máximo responsable era Carlos Solchaga como ministro de Economía y Hacienda.

Los más cercanos a este aragonés dicen que es un hombre «afable y tranquilo en las distancias cortas», pero también es capaz de «defender con uñas y dientes», y con la Constitución en la mano si es preciso, lo que él considera que es suyo o de sus accionistas, como sucedió durante la OPA sobre Endesa, lanzada por Gas Natural.

«Procuro no tener aristas», porque dice «soy un chico de la calle. A mí no me queda más remedio al enfrentarme a la vida que ponerme en la piel del ciudadano de a pie, porque llevo en la calle mucho tiempo» y eso «acaba puliéndote en todos los aspectos».

En 2008 aceptó ir de número dos al Congreso de los Diputados por Madrid, no con la perspectiva de formar parte de un posible gobierno si el Partido Popular ganaba las elecciones, sino porque, como asegura en distintas entrevistas, «en la vida me ha ido bien, y entendí que había llegado el momento de hacer algo por los demás, por mi país, por lo que creo».

Su puesta de largo ante el ojo crítico de los electores fue el debate económico liberal-socialista en televisión con Pedro Solbes. No estuvo afortunado en la forma, pero sí fue quien pintó el cuadro más ajustado a la realidad de una crisis, que estaba ya en plena gestación como denunció entonces, y meses después era una realidad efervescente. Aquel lienzo realista es la foto fija de hoy (abril de 2009): más de tres millones de parados en las oficinas del INEM, el rating a la baja

de Standard & Poor's sobre la deuda española y todos los sectores están inmersos en una crisis de todos conocida. Cada dato de aquellos con los que rebatió a Solbes, y que se confirman día a día, han alargado y consolidado hoy su figura en los mercados financieros y empresariales tanto nacionales como internacionales. Las invitaciones para que se reincorpore a la vida empresarial privada son constantes.

Pero por ahora todos coinciden en que Manuel Pizarro es el mejor activo en materia económica con el que cuenta el Partido Popular, aunque aparezca en el escalafón político como portavoz en la Comisión Constitucional del Congreso de los Diputados. No le ciega la ambición. Ha sido de casi todo y casi siempre ha elegido él. La vida le ha enseñado el arte de la paciencia. No tener prisa en política, decía el desaparecido Pío Cabanillas, es una ventaja, aunque como sostiene Pizarro «me críspa perder el tiempo» a pesar de que ahora «no lo estoy perdiendo y encima lo que hago me divierte».

Dijo con motivo de su afiliación al PP: «Soy uno de los vuestros desde hace tiempo», para añadir que en Teruel como «no tenemos mar es muy difícil ser tiburón. A lo más que se llega es a barbo o trucha, que son animales objeto de depredación por parte de otros. Soy una persona tranquila a la que le gusta pasear y leer».

A nadie puede extrañar entonces que sus amigos le adoren y sus enemigos le respeten, e incluso le admiren. En algunos casos, este turolense serio y circunspecto ha llegado a despertar en sus interlocutoras viejas pasiones. Es el caso de la ex diputada socialista Anna Balletbó, que durante el coloquio tras un acalorado almuerzo espetó a Manuel Pizarro: «Me excita verle como conquistador en territorio comanche»; a lo que él, muy tranquilo, se disculpó con fina ironía aragonesa: «No he pretendido excitarla, señora, sobre todo a mi edad, que ya tengo nietos». También centró en él su interés Emilio Botín, presidente del Banco Santander, quien dijo tras conocer su desembarco en la vida política: «Lo hará muy bien en su nueva etapa como político, porque la gente que es lista y trabaja, todo lo hace bien».

En eso está. Las siguientes páginas recogen —con una fórmula de presentación en frases cortas extraídas de sus comparecencias en distintos medios de comunicación, actos públicos y conferencias pronunciadas durante los últimos veinte años— su visión de la economía entendida como el arte de administrar unos recursos escasos para vivir, sea desde el punto de vista individual o colectivo. La familia, el paro, la emigración o la administración pública y la justicia son objeto frecuente de su atención y posicionamiento. Junto a todo lo anterior —no podía ser de otra manera—, está su diagnóstico sobre la dura situación económica que vive España. Los antecedentes, la coyuntura actual, lo que está haciendo mal el gobierno socialista y las medidas que propone para salir fortalecidos como ciudadanos de España no dejan indiferente a nadie, porque las medidas que propone no son sólo las que le dicta el corazón, sino que son las que emanan de la razón y del conocimiento acumulado durante décadas al frente de organismos públicos, entidades de ahorro, empresas privadas y ahora como político.

JESÚS SALGADO